

LA ILUSTRACION

de los



DIRECTOR PROPIETARIO
DON JOSÉ NOVI Y PEREDA

LISTA DE LOS COLABORADORES

- | | | |
|--|---------------------------------|---------------------------------|
| Doña Ángela Grassi. | D. Eusebio Blasco. | D. Manuel Gonz. Alvarez, pbro. |
| Doña Faustina Saez de Melgar. | D. Emilio Ruiz de Salazar. | D. José María Bolívar. |
| Doña Joaquina Balmaseda. | D. Vital Aza. | D. Víctor Navarro. |
| Doña María del Pilar Sinués. | D. Antonio Sanchez Perez. | D. Emilio Prieto y Villareal. |
| Doña María Martí de Dominguez. | D. Antonio San Martín. | D. José Sanz de Diego. |
| Excmo. Sr. D. Ramon de Campoamor | D. Ricardo Sepúlveda. | D. Francisco Gonzalez Guerrero. |
| Excmo. Sr. D. Fernando Corradi. | D. Eleuterio Llofriu y Sagrera. | D. Félix de Leon y Olalla. |
| Excmo. Sr. D. Eduardo Chao. | D. Antonio Sanchez Ramon. | D. Erivaldo P. de Azpillaga. |
| Excmo. Sr. D. José Gil Dorregaray. | D. Manuel Jorreto y Paniagua. | D. Enrique Benavent. |
| Excmo. Sr. Baron de Córtes. | D. Joaquin Olmedilla y Puig. | D. Pedro Escamilla. |
| Ilmo. Sr. D. Mariano de la Paz Graells | D. José Estremera. | D. Antonino Elías Romero. |
| Ilmo. Sr. D. Francisco Javier de Salas | D. Eusebio Sierra. | D. Narciso Diaz de Escovar. |
| Ilmo. Sr. D. Carlos Frontaura. | D. Vicente Regulez y Bravo. | D. José Casafont. |
| Rdo. P. José Antonio García de la Iglesia. | D. Emilio Ferrari. | D. Jaime Cigliano. |
| D. Juan Martinez Villergas. | D. Gregorio Barragan. | D. Mariano Sanchez Bruil. |
| D. Ventura Ruiz Aguilera. | D. José María Medina. | D. Quintin Labernesse. |
| D. Teodoro Guerrero. | D. Fernando Martinez Pedrosa. | D. Luis Urdiales. |
| D. Alfonso E. Ollero. | D. Diego Perez Hernandez. | D. Emilio de Santos y Olive. |
| D. Daniel Balaciar y Tormo. | D. Leopoldo Vazquez. | D. Eduardo Thuillier. |
| D. Abdon de Paz. | D. Pedro Ruiz Avila. | D. Faustino Jouve. |
| D. Manuel Matoses. | D. Vicente D. Bordanova. | D. Manuel Lopez Calvo. |
| D. Gregorio Mijares. | D. Francisco Muñoz y Rodriguez. | |
| | D. Ignacio Bolívar y Urrutia. | |

ARTISTAS

- | | | | |
|-----------------------|-------------------|------------------------|---------------------|
| D. Mariano Urrutia. | D. Eduardo Novi. | D. Luis del Alcázar. | D. Manuel Fernandez |
| Antonio Caula. | Manuel Salvi. | José Julian Estarrona. | de la Torre. |
| José Muriel y Alcalá. | Eleuterio Roldan. | Francisco del Valle. | |

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes, 6 id. trimestre.
Provincias: 750, id.
Extranjero y Ultramar: 6 meses, 5 pesos fuertes en oro.
Número suelto, una peseta cincuenta céntimos.

SUMARIO

I. La novena quincena.—II. Fé, Esperanza y Caridad —III. El Zapatito de oro.—IV. La abeja y el zángano.—V. El calavera y la abuela.—VI. La Torre de Babel.—VII. La madre —VIII. Una pesca apetecible.—IX. Confidencias de un amigo.—X. Cantares para los niños.—XI. Lo que me roba el alma.—XII. La mano de la Providencia.—XIII. Suelos, problemas, charada, soluciones, explicacion de la lámina de regalo y anuncios.

OFICINAS

Fuencarral, 3, pral
MADRID

No se sirve suscripcion cuyo pago no se anticipe.
Anuncios y esquelas de defuncion de niños, á precios convencionales.

LA NOVENA QUINCENA

Madrid 15 de Marzo de 1879

Ya van llegando los dias de buen sol, las tardes deliciosas, las noches templadas y del fresco amanecer.

Ya van las flores abriendo la ventanilla del capullo para asomarse al balcon de sus verdes ramas y pintadas hojas.

Ya van los pájaros soltándose en el piar, pues con el frio del invierno, ni se atrevian á decir «esta boca es mia,» por temor á que se helaran sus trinos.

Ya la Naturaleza toda se apresura á manifestarse más activa y animada, para saludar á la Primavera, que está en camino.

¡Con cuánta ansiedad se espera, por grandes y chicos, por pobres y poderosos, por los que viven en la corte como por los que habitan en la casita apartada del pueblo más escondido, á la primer estacion del año!

Verdad es que lo merece: ¿no opinais vosotros lo mismo que yo?

Porque la Primavera trae un acompañamiento tan lucido como numeroso y tan numeroso como lleno de encantos.

Porque la Primavera es al tiempo lo que vosotros sois á la vida: La primera etapa, el primer período, el primer punto de apoyo.

Y así como sin la Primavera no habria Estío, ni Otoño, ni Invierno, tampoco sin la infancia existiria la juventud, la virilidad ni la vejez.

Y así como se consagran grandes cuidados á la vejetacion de la Primavera, así tambien, vosotros, queridos lectores, debeis ser objeto, y lo sois ciertamente, de sumo interés, de notable atencion y de muchos desvelos, para que despues podais ser algo bueno y útil en el mundo.

De ahí el que se dirija y cultive vuestra inteli-

gencia en las escuelas, colegios é institutos, al propio tiempo que os vais desarrollando físicamente.

Porque como sois la base sobre que ha de erigirse el edificio del porvenir, hay que procurar la constituyais tan sólida como ancha y tan ancha como profunda.

Nos toca, á cuantos á vuestra educacion é instruccion nos dedicamos, abrir los cimientos y preparar los materiales; y á vosotros os corresponde la obediencia, la docilidad, la aplicacion y la constancia.

Cumplamos cada cual con la mision que nos pertenezca, y vereis qué satisfechos nos sentimos el dia del triunfo.

Demasiado sabeis que no todos los niños, desgraciadamente, tienen la fortuna de poder recibir, no ya una educacion distinguida, si que tampoco el alimento y el vestido necesarios.

Y esos pobres niños, hermanos vuestros, merecen, ¿pues no han de merecer? que se les atienda. ¡Infelices!

Por varias causas se encuentran abandonadas muchas criaturas, que los corazones cristianos no pueden consentir se extravíen, se debiliten ó se mueran.

Y por ello se crearon los Hospicios y demás establecimientos benéficos.

Y ahora se han instalado, como veríais en LA ILUSTRACION anterior, la Sociedad protectora de Niños, cuyo presidente es el dignísimo y generoso descendiente del inmortal Cristóbal Colon, el señor Duque de Veragua, y unos hospitales de Niños, bajo la tutela de la caritativa y acaudalada dama, señora duquesa de Santoña.

Porque ya va inculcándose en el ánimo de todos que, una infancia bien educada y atendida, dá una juventud honrada y virtuosa, y ésta produce una sociedad ilustrada y noble.

JOSÉ NOVI Y PEREDA

FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD

Fé, esperanza y caridad
son virtudes teologales,
que acercan á los mortales
hasta la divinidad.

¿Qué es la fé entre los abrojos
de este mundo de dolores,
donde sólo nacen flores
con llanto de nuestros ojos?

¿Aquí donde la violencia,
la opresion, la tiranía,
la envidia, la felonía,
combaten nuestra existencia?

Es aquel noble teson
que nos dá fuerzas y alientos,
para sufrir los tormentos
de una vida de afliccion:

Es un entusiasmo puro
que hace al hombre preferir,
antes mil veces morir
á ser falso, á ser perjuro.

¿De qué sirve la esperanza
cuando todo en torno nuestro,
toma un aspecto siniestro
de furor y de venganza?

¿Cuando la contraria suerte
que sin tregua nos persigue,
postrarnos al fin consigue
casi en brazos de la muerte?

Sirve para descubrir
á nuestra alma dolorida,
en otro mundo, una vida
de glorioso porvenir.

Sirve para dar consuelo
al que sufre y al que llora,
prometiéndole una aurora
de ventura en claro Cielo.

Y la caridad, ¿qué encierra
que pueda lisonjearnos?
¿Qué ventura puede darnos
en los goces de la tierra?

¿No es acaso un sacrificio
que nos impone el deber?
¿No es mucho más que un placer,
un tormento y un suplicio?

No: es una santa ternura
que siente el alma piadosa,
es una aroma olorosa,
un manantial de dulzura,

Es una divina luz
cuyo calor vivifica;
un amor que santifica
el Dios que murió en la cruz.

Sin la fé no hay corazon;
la esperanza es la alegría;
sin la caridad, no habria
ni piedad, ni abnegacion.

FERNANDO CORRADI



EL ZAPATITO DE ORO

Es una sencilla leyenda alemana la que voy á referiros. Me la contó un viejo soldado que habia seguido las banderas del Capitan del siglo; que habia visitado las floridas márgenes del Rhin, meditando entre las ruinas de sus castillos, buscando entre el polvo de las tumbas sus bellas tradiciones. Un dia llegó á una poblacion. ¿Era una aldea? ¿era una ciudad? ni él mismo pudo decirlo.... Sabia únicamente que se espejaba en las temblorosas ondas del Rhin, que tenía un dosel de altos picachos, coronados de encinas y de enebros, que estaba rodeada de pensiles y vergeles, llenos los primeros de balsámicas flores, llenos los segundos de frutos deliciosos. En otros tiempos aquella poblacion habia sido rica, floreciente, populosa; pero la guerra habia pasado por allí, teniendo en una mano la tea y en la otra la espada, y sólo habia perdonado á lo que no podia destruir: los fértiles campos, el sereno cielo, las aguas del rio, que se deslizan murmurando por el profundo cauce; enmedio de casas arruinadas y cubiertas de verde musgo, descollaba un templo más ruinoso todavía.

Aquel templo sólo conservaba un pórtico deruido, la nave mayor, cuyo techo lleno de grietas dejaba paso aquí y allá á los rayos del sol, y algunos arcos truncados por la segur del tiempo ó la incendiaria tea. No habia ningun sacristan que guardase las llaves de la puerta, franca á todos los pasajeros: no habia ningun campanero que á la caída de la tarde pusiera en movimiento las campanas para convocar á los fieles. Las campanas permanecian mudas en el alto campanario, que carecia de escalera, como los santos mutilados permanecian silenciosos sobre sus altares.

En aquel desmantelado recinto habitaba, no obstante, un viejo pastor con su familia, y más de una vez las blancas ovejas, las pintadas cabritas habian invadido el templo, triscando sobre los rotos chapiteles, balando con tono lastimero, como si lamentasen también la ruina de objetos tan venerandos.

En la sala capitular de los monjes, que servia de albergue al pastor, recibió hospitalidad el va-

liente guerrero amigo mio, y mientras se calentaba, sentado junto á la lumbre, fué recogiendo mil leyendas relativas al antiguo monasterio, una de las cuales es la que me propongo referiros.

Aquella iglesia estaba consagrada á Santa Cecilia, y habia sido edificada por una comunidad de monjes tan doctos y tan piadosos, que los peregrinos venian de muy lejos para escuchar sus evangélicas palabras. Reyes, guerreros, sábios, damas de elevada alcurnia y humildes plebeyos, todos acudian en tropel á visitar la bendita efigie, deponiendo en las gradas del altar su piadosa ofrenda.

De este modo la iglesia de Santa Cecilia se convirtió en la iglesia más rica de Alemania. Rosas de oro coronaban los altares, flores de lis de plata las cabezas de los santos, más de mil cirios ardian en otros tantos candeleros formados de ambos metales, y los incensarios estaban guarnecidos de topacios.

Santa Cecilia tenia el vestido bordado de piedras preciosas, la aureola entretejida de rubies y perlas, y los zapatos de oro.

Fué en la época de su más alto esplendor cuando aconteció el suceso portentoso.

Oculto entre dos sauces, y muy cerca del pueblo, elevábase entonces una rústica cabaña. Allí se habia escondido el amor, personificado en tres seres: un hombre, una mujer y un niño. ¡Santa trinidad, que no forma más que una indivisible esencia!

Bellos eran el hombre y la mujer; era un arcángel el niño, de blondos cabellos, de azules ojos, de voz dulce y melodiosa.

Con el amor, la felicidad habia tomado asiento en la cabaña. Sus habitantes tenian para su regalo blanco pan que les ofrecia el trigo de su reducido campo, el licor espumoso producto de su pequeña viña, los frutos de su diminuto huertecillo, y la leche de dos cabritas, blanca la una, negra la otra, pero ambas dóciles y alegres. ¿Para qué necesitaban más los dos esposos amantes?

Todos los dias eran de fiesta en la cabaña, y las horas se deslizaban entre protestas de amor y cánticos de júbilo.

Pero, un dia, ambos esposos se durmieron riendo y se despertaron llorando...

Un ejército enemigo habia acampado allí, destruyendo su viña, su campo, su huerto... Las cabras habian desaparecido; habian desaparecido las palomas y gallinas.

Beltran, que así se llamaba el esposo, ciego de cólera, apostrofó á los soldados: los soldados respondieron á sus denuestos saqueando su casa y llevándole consigo prisionero.

¿Qué fué entonces de la infeliz esposa, de la dulce María?

¡Ay, desdichada! No sucumbió al dolor porque aún podia espejarse en los ojos azules de su niño; pero sus dias fueron largos, tristes, nebulosos: sus noches intranquilas, pobladas de espectros y téticas visiones.

—No llores, madre, la decia el pequeño Gotardo, rodeándola el cuello con sus rosados brazos; cuando tenga algunos años más iré á buscarle...

—¿No sabemos dónde está! ¿Quién te servirá de guía? suspiraba la madre sin ventura.

—Santa Cecilia, replicaba el dulce niño.

—¿Hemos quedado tan pobres! ¿Quién te suministrará dinero para el viaje?

—Cantaré la oracion de Santa Cecilia, que tan bien cantaba mi padre, y los viajeros me darán limosna.

Así decia Gotardo, con las mejillas encendidas, con los ojos resplandecientes de fé; y las lágrimas de María se secaban, como se secan las gotas de lluvia tempestuosa con los rayos del sol de Primavera.

Una madre santa hace santos á sus hijos. Este axioma, tan antiguo como el mundo, se perpetuará hasta la destruccion de los siglos.

Gotardo, á imitacion de María, era dulce, sensible, pundonoroso y honrado.

Durante mucho tiempo, todos los que pasaban por aquellos alrededores, se detenian maravillados al oir los ecos de un canto delicioso. No sabian si era un ruiseñor escondido entre los bosques el que de aquel modo exhalaba dulces trinos y gorjeos inimitables.

Pero si se adelantaban por entre la espesura, descubrian que el autor de tan grande maravilla era un hermoso niño, sentado modestamente á la puerta de su cabaña, y esculpiendo figuritas de madera para venderlas en los mercados inmediatos, mientras su madre, que estaba hilando, le escuchaba con un júbilo infinito.

¡Bello cuadro, que más de una vez los pintores viajeros habian trasladado á sus lienzos!

¡Llegó por fin la época dichosa y anhelada! Gotardo cumplió quince años.

El dia en que los cumplió se levantó con el alba; imploró la bendicion de su madre, cogió un pequeño atillo que ya tenia dispuesto, lo anudó á su baston de viaje, y se dirigió lentamente á la iglesia de Santa Cecilia, no sin haber besado ántes muchas veces el suelo de su cabaña.

En aquel tiempo las campanas no estaban mudas, y tocaban á la primera misa; pero cuando Gotardo entró en la iglesia, recién abierta, no habia en ella aún ni fieles ni sacerdotes.

El jovencillo se postró de rodillas ante la Santa imagen, y con toda la ternura de su filial amor, con todo el entusiasmo de su fe cristiana, entonó un canto dulce y melodioso, semejante al que deben entonar los serafines cuando tributan á Dios sus alabanzas.

Los antiguos ecos del templo se estremecieron de júbilo al oír aquella voz argentina, y respondieron con notas vagas y fugitivas, formando en los aires una armonía sublime...

Entonces pareció que las mudas efigies se animaban, que agitaban sus alas los ángeles esculpidos en las cornisas, que mil voces misteriosas se elevaban del fondo de los altares...

Y entonces, ¡oh milagro! los ámbitos del templo se iluminaron con una luz viva y sonrosada, y la Santa, sacudiendo el pié, dejó caer su zapatito de oro en las manos de Gotardo...

El jovencillo lo tomó, lo besó, entonó una fervorosa oración de gracias, y saliendo lleno de alegría de la iglesia, corrió á casa de un platero.

Era este un viejo mercader que, auxiliado de unas enormes antiparras verdes, tomó el zapato, lo miró, lo examinó, lo dejó sobre el mostrador, lo volvió á examinar de nuevo, y por último, arrojándose sobre Gotardo, gritó con voz estridente:

—¡Ladron! ¡Infame! ¡Sacrilego!

Detuviéronse los transeúntes, formaron círculo, se arremolinaron, acudió la fuerza armada, sobrevino el burgomaestre, y el presunto reo, escupido y abofeteado, se vió conducido á la cárcel pública como el último de los malhechores.

Instruyóse apresuradamente el proceso, y se falló, condenándole á muerte.

Aún no habían transcurrido seis días desde aquel tan funesto, cuando una mañana las campanas empezaron á doblar tristemente, resonaron en las calles los salmos penitenciales, entonados por las monjas, y entre dos filas de soldados y multitud de pueblo, el supuesto reo se encaminó al patíbulo.

Estaba pálido, pero tranquilo. Era dulce su mirada, inefable su sonrisa.

Sus cabellos de oro formaban como una aureola de luz sobre su pura frente.

Las mujeres, al verle, prorrumpieron en gemidos dolorosos; los hombres volvían el rostro para ocultar sus lágrimas.

Cerca llegaba ya el infeliz del lugar de su suplicio, cuando una mujer pálida, desgredada, delirante, se abrió paso por entre la multitud, y corrió á arrojarse á sus plantas. Era María.

—¡Oh, hijo mío, hijo de mis entrañas, gritó juntando las manos sobre el pecho; tú, á quien yo he educado para el bien, dime, ¡ah! dime que no has cometido el sacrilego delito!

—Santa Cecilia me había prometido un milagro y lo ha hecho en mi favor, respondió con tono dulcísimo Gotardo. ¡No lloreis, tierna madre mía! Este milagro que yo imploré para ir á buscar á mi padre sobre la tierra, me conducirá á buscarle entre los santos del Cielo.... Sin embargo, una voz interior me dice, que si me fuera posible entonar un postrer himno ante el altar de Santa Cecilia, moriría honrado y consolado.

—¡Que se le conceda, que se le conceda! gritó la multitud conmovida.

—Sí, dijo el burgomaestre, pesaroso ya de haber firmado la fatal sentencia.

Condujeron al jóven á la iglesia, y los monjes, obedeciendo á un secreto impulso, encendieron mil cirios, cuya luz se centuplicaba reflejándose en las molduras de oro y plata, y arrojaron en los incensarios mirra é incienso, que despidieron nubes de suavísimo perfume.

Entonces Gotardo empezó á cantar.

Su bello rostro, trasfigurado por el amor y la fé, parecía no pertenecer ya al mundo: con las manos juntas sobre el pecho, y los ojos fijos en la sagrada efigie, entonó un himno dulce y armonioso, tal como nunca lo habían oído los hombres, como nunca jamás se oiría modular sobre la tierra.

Pueblo y sacerdotes callaban absortos, arrebatados por aquella música celeste.

De pronto la Santa pareció moverse; sus pupilas de piedra se animaron, sus labios dejaron escapar algunos sonidos vagos, palabras misteriosas...

Después sacudió el pié, y el segundo zapato cayó en las manos de Gotardo...

—¡Milagro, milagro! gritaron cien voces á un tiempo.

—¡Milagro, milagro! exclamó María, ¡mi hijo es inocente! ¡Mi hijo está salvado!

Los pasados denuestos se truecan en bendiciones, la multitud se precipita hácia el jóven, rompe sus cadenas, besa sus plantas y le adora como á un espíritu elegido.

Aquel día fué un día de inmenso júbilo para los habitantes del pueblo; llenáronse de flores las calles, tocaron á vuelo las campanas, y por todas partes resonaron los ecos de las músicas festivas, unidos á los gritos de fervido entusiasmo.

Gotardo, tranquilo en medio de su triunfo, como lo había estado en medio del peligro, recibió de los monjes el valor de las dádivas del Cielo, se despidió por segunda vez de su madre, y partió en busca del autor querido de su existencia.

Mas ¡ay! la corona de espinas de María no estaba aun completa.

Muchas veces la Primavera cubrió el campo de flores, muchas veces lo cubrió de nieve el aterido

invierno, y Gotardo no volvía. La infeliz madre, al retirarse á su estancia por las noches, rezaba una fúnebre oracion por su esposo y por su hijo.

Pero un día descendió de los altos montes un tropel de guerreros, cubiertos de extrañas armaduras, que llevaban armas desconocidas.

Todos los habitantes de la poblacion acudieron á verlos. También acudió María, pero así que los vió, dió un grito, y cayó sin sentido en los brazos de sus compañeras.

Enmedio de aquellos guerreros habia reconocido á su esposo, habia reconocido á su hijo.

En efecto, los azares de la guerra habian elevado á Beltran al trono de una comarca indiana.

Gotardo, peregrinando de aldea en aldea, de ciudad en ciudad, de córte en córte, guiado sin duda por su Santa protectora, llegó á la de su padre.

Su padre, aunque distraído con los cuidados de su nueva grandeza, no habia olvidado á su familia. Su corazon se conmovió al oír el himno de Santa Cecilia, reconoció á su hijo, le abrió los brazos y partió con él para reemplazar con una corona de oro la corona de espinas de María.

La venturosa familia, reunida otra vez por medios tan portentosos, permaneció algunos días en la poblacion sembrando beneficios y partió recibiendo bendiciones. Inútil es decir, que Santa Cecilia tuvo otros zapatos, que sobrepujaron en magnificencia á los antiguos.

Desde entonces, y en memoria del milagro, el músico pobre está seguro de encontrar allí una buena acogida y el mismo burgomaestre le dá hospitalidad y le obsequia con un espléndido festin.

Desde entonces, también las madres repiten todas las mañanas y todas las noches á sus queridos pequeñuelos; *amad y venerad á los autores de vuestra existencia, como los amó y los veneró Gotardo, que nunca la proteccion del Cielo falta á quien es buen hijo.*

ANGELA GRASSI.

LA ABEJA Y EL ZÁNGANO

FÁBULA

De labrar panal cansada
una hábil y activa abeja,
suspendiendo su trabajo,
les dijo á sus compañeras:

—Fatigadita me encuentro,
y me duele la cabeza;
salir quiero á tomar aire
de la colmena á la puerta.

Le dijeron sus hermanas:

—Pues descansa en hora buena,
que por trabajo excesivo,
no es bien que una abeja muera.

De pereza bostezando
y estirándose las piernas,
un zángano regañon
vió descansando á la abeja,
y la increpó con enfado:

—¡Así al reposo te entregas
mientras las demás trabajan!...
¡Miren qué trazas de abeja!

Replicó la reprendida,
devolviéndole la ofensa
al ofensor: —¡Y eres tú
quien airado me moteja!
¡Tú, que desde que has nacido,
en vil inaccion vegetas,
te enfadas porque un momento
descanso de mi faena!

Si un sér activo me hablase
cual hablas, no me ofendiera;
pero que tú me censures,
vil zángano, me revienta!

El reprensor, humillado
y cubierto de vergüenza,
de la abeja á las razones,
dió el silencio por respuesta.

*¡Cuántos al zángano imitan,
que están manchados de afrenta,
y se irritan si vislumbran
una leve falta agena!*

MANUEL GONZALEZ ALVAREZ

(PRESBITERO.)

EL CALAVERA Y LA ABUELA

FÁBULA

(Inédita.)

Con mucho cuidado
y esmero y limpieza,
á hacer un escrito,
que mucho interesa,
se puso una tarde,
de lluvia molesta,
con grande aparato,
un gran calavera.
Prepara el tintero,
la pluma y la regla,
papel el más fino
y cómoda mesa.

Precávelo todo,
de todo se apresta,
y ya más tranquilo
al cabo se sienta,
y la obra prolija
resuelto comienza.
Avanza despacio
en la árdua tarea;
mas ya que vencida
al postre la lleva,
en vez de arenilla,
que rápida seca,
¡oh, pícaro acaso!
la vil salvadera
conviértese en tinta
que el mísero echa
sobre todo cuanto
hasta allí escribiera.
—¡De poco nos sirve,
le dijo su abuela,
querer con buen juicio
guiar una empresa,
si no lo tenemos
en nuestra cabeza!

ALFONSO E. OLLERO

LA TORRE DE BABEL

Como supongo, desde luego, enterados á mis lectores de lo que le sucedió á Noé con sus hijos Cam, Sem y Jafet así que bebió el jugo de las viñas que plantó á poco de salir del arca, la predicción, y también de lo sucedido en la construcción de la Torre de Babel, entro de lleno en el asunto que lleva por epígrafe este mal perjeñado artículo.

Eran las cinco de una hermosa tarde de verano, hora en que por lo regular tienen señalada los niños para salir de sus colegios, y en uno de éstos, en la tarde á que me refiero, sucedió que, precipitándose unos cuantos á las perchas para tomar los sombreros y las gorras, se armó una de voces, chillidos, apretones, caídas y empellones la más asombrosa; y á cuánto no hubiese llegado la zambra si en aquel momento la presencia del maestro no les impusiese silencio, exclamando:

—¡Jesús qué algarabía, qué confusion; esto es una Babel!...

Y cada cuál, agachando sus orejitas, salió del colegio silenciosamente.

Más, ¿creéis que paró aquí la cosa? Sí, sí; ¡que si quieres!... Dos muchachos que habian venido á las manos y por respeto al profesor pudieron ape-

nas contenerse, ya en la calle, bien pronto á las palabras sucedieron los golpes; sus compañeros entonces les rodean estrechando el círculo cada vez más, á medida que los dos traviesos, en lucha encarnizada, se repartían sendos mojicones. No faltaba quien de no muy sanos principios les alentaba, satisfecho de la distracción que ofrecía el espectáculo, hasta tanto que unos pocos más formales y de rectos sentimientos, consiguieron, no sin gran esfuerzo, tranquilizar los ánimos de todos, y toda aquella masa informe de chiquillos, toda aquella Babel, se estendiera, marchándose cada cual á sus casas, frios los más y calientes nuestros dos batalladores.

Mas así que las madres ven llegar á sus hijos en aquel lastimoso estado, chorreando sangre por boca y narices y hecha girones la ropa, mil preguntas les hacen en un segundo, no dándoles tiempo á contestar á ninguna de ellas; y mientras la zozobra tiene en suspenso á la familia del uno, la madre del otro contrincante, con su angelico de la mano, se presenta en la calle seguida de su abuela, su madre, la hermana, el hermano, la prima, el primo, la sobrina, el sobrino, hijas é hijos mayores y menores, nietas y nietos, y hasta el novio de la hija casadera, y sin decir oste ni moste, se lanzan en confuso tropel é invaden las habitaciones de la casa de su vecina y enemigo.

¡No hay que decir si aquello sería una Babel! ¡Santo Dios, qué guirigay y qué gritería!

Allí el zapato andaba por detrás y por delante, por arriba y por debajo, cada cuál lo manejaba á su gusto y con reconcentrada ira lo descargaba sobre su contrario. Los tumbos y caídas, las vueltas y revueltas, se sucedían con pasmosa rapidez, dando esto motivo á que el vecindario, asomado á las puertas, balcones y ventanas, viese cosas muy extrañas, que en nada se parecían á la Torre de Babel.

Las mujeres, desmelenadas, bañadas en sudor, rendidas por la fatiga y la rabia, animaban á sus maridos y á algún amigo de confianza que, á brazo partido, se defendían como bravos; mientras tanto los pequeñuelos, en camisilla, pegados á las faldas de sus madres, se desgañitaban á llorar, y la consternación y espanto se veían marcados en el semblante de todos. En vano los ancianos padres pretenden aquietar la efervescencia de ambas familias: toda aquella infernal bataola fué en aumento, porque tomó parte también un guardia civil que vivía en la boardilla, el cura del piso principal, el sastre del entresuelo, el zapatero del portal, el barbero de la tienda, y un escuadrón de lanceros que á la sazón pasaba por allí se detuvo á las puertas de la casa, ó mejor dicho, Torre de Babel.

Poco después intervino en el asunto el juez de

paz, hombre prudente, sábio y justo, y como Noé, predijo aquel á los dos traviosos y rebeldes muchachos, que mientras no siguieran los preceptos del Señor, que ordenaba el amor al prójimo como á nosotros mismos y el respeto á los padres y maestros, allí donde no hubiera más que dos niños, se reproduciría siempre en las familias la misma confusion, y por consiguiente cada casa seria una *Torre de Babel* ó *Torre de Confusion*.

FRANCISCO GUERRERO GARCIA

LA MADRE

No existe en este mundo
llama más pura,
amor más verdadero
ni más ternura,

Que el amor que una madre
concibe un dia
por el hijo adorado
que Dios le envia.

Amor de los amores,
cariño santo;
nadie como una madre
nos quiere tanto!

Es ella con su hijo
siempre afanosa,
de todas las mujeres
la más dichosa.

Ella, con indecible
placer, le cuida:
y hasta sufre la muerte
por darle vida.

Por quitarle una pena,
pasa un tormento,
y por él, halla goces
al sufrimiento.

¿Quién sino ella le mece?
¿quién le consuela?
¿quién pasa, si está enfermo,
la noche en vela?

No hay para ella momento
más venturoso,

ni otro niño que sea
como él hermoso.

Ni halla encantos más grandes
ni más sinceros
que mirarse en sus ojos
tan hechiceros;

A rezar y á ser bueno
su amor le enseña,
y con el hijo suyo
durmiendo sueña.

Que el amor de las madres,
siempre infinito,
es el amor que vive
de Dios bendito;

¡Amor sencillo y puro
como las flores,
amor el más hermoso
de los amores...!

RICARDO SEPÚLVEDA

UNA PESCA APETECIBLE

Angel y Diego eran dos hermanos huérfanos que vivian con su abuelita en una choza de las montañas de Leon.

Eran tan pobres, que apenas si tenían el suficiente pan de centeno para reparar sus fuerzas, juntamente con alguna leche que les proporcionaba una cabra, que constituia todo su patrimonio.

Así es que los pobres muchachos andaban siempre aguijoneados por el hambre, en busca de frutas y pájaros para ellos y su abuela.

Habia cerca del pueblo una laguna en donde habitaban multitud de ranas, que con su monótono canto turbaban la soledad y el silencio de aquellos lugares.

Los dos hermanos encontraron en esto una industria que podian explotar. Consistia en ir todos los dias al amanecer y á la hora de ponerse el sol á coger ranas, cuyas ancas llevaban á vender á la villa vecina, en donde se las pagaban á buen precio, porque habeis de saber, queridos lectores, que la carne de rana es muy apetecible, por más que

á vosotros os dará asco y miedo de esos pobrecitos animales, que no pueden ser más inofensivos.

Angel iba cogiendo las habitantes del cieno, auxiliado de un palo muy largo, y Diego, con incomparable maestría, las desollaba y echaba en la cesta.

De esta manera los dos hermanos ganaban un jornalito diario y podían mantener á la anciana abuela, que estaba paralítica,

Desde niños se acostumbraron al trabajo y Dios premió su virtud y su constancia de una manera inesperada.

Un día, cuando más atareados estaban en su faena, una rana muy grande asomaba á menudo la cabeza sobre la superficie del agua y se ocultaba al momento, como haciendo burla de los dos huérfanos.

Cansado y rendido estaba Angel de no poder *capturar* al insolente animal, y daba



vuelatas y más vuelatas por la orilla del agua, á ver de que modo podría conseguir su intento.

Al llegar cerca de una maleza cenagosa é introducir el palo, tocó con él un objeto duro. Sorprendido del caso, puso un clavo á la punta y despues de un rato de sondaje, sacó enganchado un bulto sin forma.

Era una maleta de cuero, ya podrida por el agua, pero que se conservaba entera. La abren anhelantes los dos hermanos y... se

descubrió á su vista un monton de monedas de oro.

Desde aquel día fueron ricos, porque cuando niños supieron trabajar para ganar su sustento, y el Omnipotente les dió una recompensa tan buena como inesperada.

La abuelita vivió muchos años rodeada de comodidades y bienestar.

Dios bendice siempre al niño trabajador.

JOSÉ MARIA MEDINA.

CONFIDENCIAS DE UN AMIGO

Era este el mejor de los míos. Desde nuestra más tierna infancia, nacidos bajo un mismo cielo, nos unía la más sincera y estrecha amistad, sin que nunca la alegre corriente de nuestras simpatías se haya detenido, ni nublado un instante el risueño horizonte de nuestros armónicos pensamientos. En esta temprana edad, juntos vimos deslizarse los días, los meses y aún los años, al compás de nuestros infantiles é inocentes juegos, como juntos pensamos ya más tarde en algo serio: *en el mañana*. Desde entonces, sin darnos cuenta, comenzamos á estar tristes, á sentirnos desgraciados. Ambos llegamos á la corte, *centro de todo*, y los dos con algunas aspiraciones: desde este momento empezó nuestra calle de amargura; en nuestro camino, solo encontrábamos mil espinas y abrojos que nos herían de muerte, y á cada paso, un precipicio que amenazaba sepultarnos. ¡dios, ilusiones queridas! ¡Adios para siempre, esperanzas amadas! solíamos exclamar con amargura en medio de nuestro abatimiento. La fé se extinguía en nosotros, y entonces conocimos el pesar, experimentamos el dolor, probamos la hiel del desengaño.

Un día, en nuestro cotidiano paseo, á esa hora en que el luminoso astro borda y matiza las nubes para despedirse de nosotros, noté en mi amigo terriblemente grabadas esas huellas que imprime el sufrimiento, ese sello que indica la eterna noche del insomnio. Caminábamos, como siempre, mediatundos, silenciosos; apenas hablábamos.

—¿Qué tienes hoy, mi buen Emilio? le dije, ¿qué advierto en tí que me impacienta?... Anímate hombre y desecha esas quimeras que tanto te torturan y á mí me hacen daño. Recuerda que pronto nos visitará el calor y en breve iremos al pueblo, donde tan gratos recuerdos nos esperan; allí, nuestras amantes familias; allí, los amigos de la infancia, y sobre todo, allí está nuestro pequeño paraíso, el bosque de la Ermita, donde trina el ruiseñor, donde murmura el cristalino arroyo; donde la brisa suspira entre las hojas de los árboles, donde corrieron horas tan felices para nosotros; donde....

—Donde yo he llorado tanto, sin embargo, se apresuró á decir mi amigo. Calla por Dios, me dijo, ese bosque ó ese nombre. ¡Cómo te engaña tu buen deseo! Crees estar recetándome la salud, y solo consigues que el infierno de mi cabeza profundice más el abismo en que mi espíritu se halla evocando recuerdos para mí hoy lúgubres y fatídicos.

—Emilio, le dije, algo sobresaltado: ¿qué podrán significar esas palabras?... Deliras ó....

—Nada temas, mi buen amigo, me interrumpió, es un sueño que he tenido; ¡un sueño, sí; pero un sueño de sangre que envuelve una acusación terrible, que de teatro ha servido ese bosque delicioso de que antes hablabas, y que la protagonista ha sido ella, mi ilusión constante, la imagen que siempre vivirá lejos de mí! ¡Oh! ¡Qué miedo, qué fin más desastroso!... ¡Ay!...

Y el desdichado se arrojó en mis brazos prorumpiendo en sofocados sollozos.

—Llora, llora le dije, conmovido, que el llanto es el calmante de la enfermedad que te aqueja.... ¡y volviendo yo la cabeza, tuve que llorar también!

Así permanecimos algunos instantes, al cabo de los cuales, llevándole á un rústico banco, nos sentamos, y cuando ya estaba un tanto tranquilo, le dije:

—Querido Emilio, aleja de tí esa angustia y procura contarme lo que tu pena te hizo ver, pues sabes que mi mayor ventura será mitigarla en lo que pueda.

—Lo sé y creo podré complacerte, porque todo lo recuerdo con la verdad que pasó.

Y después de tender una mirada en rededor, no sé si de temor ó recelo, convencido de que estábamos solos y nadie podría escucharnos, continuó:

—Estame atento; era la media noche de un sábado; aquella tarde, á la hora en que la luz se pierde á nuestra vista, ocultándose tras las gigantes montañas, entré en la ermita del Cristo y recé una salve á la Virgen. A ella pedí con elevado fervor su protección y misericordia, y que por mí rogara al Eterno. Salí con los últimos acordes del órgano, y mi alma, confortada por la oración, estaba animada, llena de una nueva vida; se deleitaba en un placer dulce y consolador, hasta entonces para mí desconocido. Mi mente abarcaba nuevos horizontes, en nuevos espacios penetraba, y todo era allí armonía, luz, colores, perfección, virtud; todo allí sonreía. Flotando mi espíritu sobre aquel piélago inmenso de felicidad y ventura, en el que se reflejaba la figura completa de mi anhelo, mis ojos la veían allá..., muy lejos, en otros mundos..., sobre una nube nacarada y luciente, ondulando los largos pliegues de su túnica blanca y finísima, con su cabellera de oro suelta y esparcida, ciñendo una corona de laurel su majestuosa cabeza, de la que partían mil chispas iluminadas de fulgores, idealizado aquel trono bellissimo por miles de tintes y arbores, todos puros y transparentes, que desprendiéndose de él mil hilos de plata, caían cernidos y brillantes sobre la tierra, pero que de los muchos que descendían, muy pocos llegaban á ella...

Con éxtasis arrobador contemplaba aquella visión fantástica, aquella aparición celeste, y luego,

poco á poco, fué desvaneciéndose aquel paraíso de goce inefable, borrarán lose todo... Cuando ya se escapó á mi vista lo que con tanta galanura y esplendor habia lucido y solo miraba ya en su lugar negros nubarrones, me dirigí al bosque, lugar de mis pensamientos, y en ellos embebido, me interné hasta su centro. Allí me sorprendió la media noche, no despertando de aquel embeleso, si notar no me lo hiciera el rugir del viento, que con ímpetu salvaje hacia crugir los árboles, desgajando todas sus ramas; el bramar de la tormenta, que desbordándose á torrentes sus plomizas y preñadas nubes, furiosas vomitaban mil lenguas de fuego. Todo era allí oscuridad, tinieblas, tropel, ruido infernal. Corrí despavorido bastante tiempo, tropezando y lastimándome en todas partes, y cuando ya jadeante, falto de aliento, mi cuerpo vacilaba, la luz de un formidable relámpago que to lo lo iluminó, me hizo ver estaba al borde de un profundo barranco: despues, tras un espantoso trueno que estremeció hasta las entrañas del monte, oí una mágica voz, que dominándolo todo, decia su eco en armoniosa ráfagas de círculos, repitiéndose en el espacio; detente, detente.. descarriado, detén tu paso.

Al oír esta voz, que tan dulcemente resonó en mi alma, petrificado quedé en aquel sitio, y desde este mismo instante mis oídos dejaron de percibir aquel rumor turbulento, y mis ojos empezaron á ver con más intensa claridad cada vez. Entónces el poético centinela de la noche, como el mensajero de la paz entre los elementos, rompiendo los densos crespones que le envolvían, todo lo embelleció con su tibia y diáfana luz. De repente se habia operado en la naturaleza un cambio completo; la calma y el misterio habian reemplazado á la agitacion.

Entónces pude ver que descendia sobre mí una figura luminosa, pero que al estar ya cerca, varió bruscamente, huyó de pronto: la reconocí sin embargo: era *ella*, la que se oyó, habia sido su voz; pero la veia radiante de una belleza purísima, como nunca mis sueños la concibieron. Una aureola de luz indefinible la rodeaba, y resplandeciente como son los ángeles en el trono del Señor, inquieta corría por aquellos valles de frondosos árboles, y la brisa jugaba con su larga túnica.

Por do quier mis ojos la seguian con afán indescriptible, y mis piernas, aunque veloces se movian tras *ella*, vaporosa, envuelta entre gasas y celagés, rápida cruzaba ante mí, y siempre, lejos de mí estaba.

—Detén tu ligero paso, aparicion querida; sal de esa bruma misteriosa que te rodea, y escucha mi voz acongojada por la pena; ingrata, no seas como el mundo, á mis lamentos doloridos; él, sordo y mudo, ni me oye, ni me atiende. Jamás su sociedad

se ha preocupado, ni se acuerda del que ignorado en el rincon del aislamiento, llora noche y dia su desventura y desgracia. *Ella* pasa, torna, marcha, se agita en tropel, bulliciosa corre las calles de su eden, sin cuidarse apenas del desvalido, sin proteger al desamparado; no consolando al triste y fortaleciendo al débil, no socorriendo al perseguido. Solo se ocupa, sí, en seguir embotada en el placer, caminando sin una mirada de noble interés, sin mostrar unos ojos compasivos; sin tender una mano amiga, sin que su palabra sea sincera! ¡oh!... Vén, llega... no temas: de tí necesito y á tí me abandono: no vaciles... ¿qué te detiene...?

—¡Ay! replica avanzando *Ella*, con triste y sentido acento. ¡Qué podré decirte, sér desgraciado, para calmar tu loco afán! ¡afán que brilla, afán que se apaga, afán que gigante crece, que medroso disminuye! Si partir se ordenára, si volar pudieras... allá... en otra region más pura y serena, contemplar pudieras lo infinito, maravilloso y grande; aquí..., bien dices, ¡desventurado! Habitas un mundo corrompido, donde la iniquidad y el vicio más abominable está desarrollado cuanto puede, que nada respeta; todo lo allana, dificultades no encuentra, obstáculos no tropieza, y en su vertiginosa carrera, en su desolador y funesto paso, marchita la más delicada y pura flor, y con su aliento impregnado, empaña cuanto brilla. Y esta sociedad, que tan indiferente y fria camina, que tiene ojos y no vé, oídos tiene y no oye, boca y permanece muda, tiene en sus manos el remedio para combatir los males de que está inundada: el específico infalible para destruir los mil asquerosos gusanos que sin cesar roen sus entrañas, y que á manera de plaga devastadora la gastan, consumen y aniquilan. Y tú, pobre niño, que tanto te quejas y atónito me escuchas, ¿qué más quieres..?

—¡Oh! ¡vision celeste! ¡ya lo oíste! el aire que respiro quema: mis alas están marchitas, brío no tienen y yo quiero volar: cruzar quiero esos infinitos espacios llenos de refulgente luz para que mi alma pueda contemplar la esplendorosa y colosal cascada, de la que derramándose á torrentes en trenzas de oro con armonioso concierto por mares, colinas y valles, de *ella* mana todo bien. Traspórtame á ese edén donde se goza de ventura y calma, donde todo es verdad, donde nada es ficticio, donde brilla y florece todo...

—No, insensato; déjame partir sin más nublar y oscurecer tu reducido horizonte, sin que se agosten tus doradas ilusiones; sin tronchar tu jóven y débil tallo, sin que en el cáliz de tu flor lozana caiga la lágrima solitaria y fria...

—No, por compasion... imposible dejarte: satisface la imperiosa necesidad de mi alma...

—Pues sí, nécio; lo quieres, toma el premio de tu atrevimiento.

Sus brazos y los míos se abrieron....., mi planta dejó de herir el verde césped que de alfombra nos servía, y empecé á mecarme blandamente en el espacio; era que me elevaba. El viento, entonces, con su animado soplo, rizaba su blanca túnica; inundado de felicidad, ascendía poco á poco, unido á aquellas purísimas formas; pero al pasar mis lábios por los suyos, noté, estremeciéndome, estaban frios como el mármol: de súbito me sentí oprimido fuertemente, mi angustia crecía por momentos, la luz huía de mis ojos y mi cabeza se desvanecía. De repente, como impelido por una fuerza irresistible, caí desplomado al suelo con mi preciosa carga... ¡horror...! ¡lo que estrechaba en mis brazos era un cadáver...! Espantado quedé: á los débiles rayos de la luna, que pálida nos miraba, pude contemplarle un instante, como en otro vi que desapareció... Un grito agudo, pero profundo, lastimero, desgarrador, lleno de desesperación, se escapó de mi pecho, y desperté aterrado: momentos de aflicción fueron aquellos, realidad fatal...!

—Pobre enfermo, le dije, cuando hubo terminado; tu cerebro está exaltado; en la tierra existe lo que de ménos echaste en ese sueño maldito, en esa pesadilla horrible... Pero los dos volvimos á abrazarnos y á llorar de nuevo...

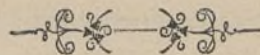
Felices los pueblos donde la fé no falta: felices también las generaciones que en pos de otros siglos vengan.

¡Mi pobre y buen amigo ya no está entre nosotros!

Queridos niños: vosotros sois jóvenes y estais llamados á regenerar la sociedad; vuestro débil corazón hoy, mañana será robusto, y si es formado en las máximas del bien, podeis dar sazonado fruto: cuidad con especialidad que en su desarrollo y crecimiento se alimente de la santa doctrina de Jesucristo, Nuestro Redentor y Maestro, y no dudo sereis felices, haciéndolo también á vuestros semejantes: en ella encontrareis la luz y la verdad, la alegría en vuestras horas, la paz para vuestro espíritu y el consuelo en vuestras penas. Pero no perdais nunca de vista la floreciente y hermosa senda de la virtud y caridad, porque al brindarnos con sus lucientes días de placer y quietud, es el escudo más fuerte que nos preserva del mal; marchando por ella, no dudarlo, amados niños, la tormenta del vicio rugirá muy lejos de nosotros, y libres de este mónstruo, gozaremos de felicidad y ventura. También tened en cuenta lo que acabo de relataros: es la verdad misma; mi buen amigo ya gozará para siempre de regiones puras y serenas:

Ella nos lo ha dicho: la imagen suya: al través del oleaje de esta vida, está la felicidad suprema: aspirar á poseerla es nuestra principal misión.

DIEGO PEREZ HERNANDEZ



CANTARES PARA LOS NIÑOS

Lo que tú puedas hacer
no mandes á otro que lo haga,
y lo que hacer debas hoy
no dejes para mañana.

Vale cansarse de oír,
más que cansarse de hablar,
y si dudas, no preguntes;
si dudas debes callar.

Podrá ser noble un malvado,
podrá poseer mucho oro,
podrá tener quien le adule...
más no podrá ser dichoso.

Nada nos prueban los títulos,
nada prueban los honores,
nada prueban las riquezas,
nada nos prueban los nombres.

Si te ves un día muy alto
al malo jamás imites;
cuando el culpable es mayor
mucho más grande es el crimen.

Si deseas tener feliz
tu niñez, tu juventud,
y tu ancianidad, recorre
la senda de la virtud.

Jamás envidia padezcas,
que es provision de amargura.
¡Animada por la envidia
es muy negra la blancura!

Aquel que pierde en el juego
solo pierde algunos reales;
¡ay! no sabe lo que pierde
aquel que pierde á su madre!...

No seas avaro jamás,
y no desees poseer
otra cosa que el saber;
el saber y nada más.

En tu mente has de grabar
lo que ahora vas á saber:
antes de aprender á leer,
hay que aprender á pensar.

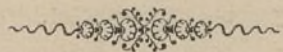
No seas jamás perezoso,
hijo, porque la pereza
es el camino más corto
que conduce á la pobreza.

No recurras á la lucha
para convencer, y observa
que fuerza no es la razon
cuando es la razon la fuerza.

Con la muerte, las riquezas,
los honores, terminaron;
gloria adquiere, que la gloria
no la comen los gusanos.

Sé honrado siempre, sé honrado,
que puedas, hijo, del alma,
al acercarse la muerte
con tranquilidad mirarla.

ERIBALDO PEREZ DE AZPILLAGA



LO QUE ME ROBA EL ALMA

El mágico arrullo
del céfiro blando
que sopla lijero
allá en en la colina,
rizando las plumas
del ave veloz;
los dulces gorjeos
que trina en el monte,
cantando sonoras
endechas de amor:
con plácida calma,
al par de las horas,
me roban el alma.

La luna plateada
que vela la noche;
la dulce campana
que rompe el silencio,
zumbando á lo lejos
con lúgubre son;
las lomas y el bosque
que lejos repiten
los dulces murmullos
con vago rumor:
con mística calma,
cual música suave,

me roban el alma.

La flor solitaria
que crece en el bosque
perdida entre ramas;
la rubia mañana;
la noche sombría;
la huida del sol;
las olas que besan
lijeras é inquietas
la cercana orilla
con sordo rumor:
en plácida calma
mi pecho sepultan,
me roban el alma.

La tersa corriente
del manso arroyuelo
que corre lijero,
bañando la alfombra
de menuda yerba
y lozana flor;
las límpidas fuentes
que el musgo rocian;
la sorda cascada
que al cerro agitó;
con serena calma,
dichosa y sencilla,
me roban el alma.

La noche serena
que al mortal encanta,
la bóveda inmensa
que llena de perlas
con mil ojos vela
al mundo de Dios;
el grave reposo
del mundo dormido,
y el hondo silencio
que reina en redor:
con felice calma
que jamás sintiera,
me roban el alma.

Los ecos del valle
en noche tranquila;
el sol de la tarde
que lento se aleja,
y pálido oculta
su blanco arrebol;
el sueño inocente
del niño en la cuna;
la púdica niña
de fiel corazon:
en plácida calma
mi pecho enagenan,
me roban el alma.

El dulce poeta
que pulsa la lira

de cuerdas de oro,
de notas suaves,
con hermosa gracia
é inspiracion,
y la muchedumbre
que ávida escucha
tantas armonías
de su dulce boca,
son cosas, por Dios,
que no oigo con calma,
que de gloria loca
me roban el alma.

JOSÉ CASAFONT Y FORNELL

LA MANO DE LA PROVIDENCIA

POR

ENRIQUE BENAVENT

(Continuacion)

CAPÍTULO SEGUNDO

Conforme al plan que habian concertado los jitanos, el niño fué envuelto en una manta de lana burda, cuya aspereza rozaba el delicado cutis de Luisito, y pasado en brazos de todas las mujeres, unas tras otras, para ver cuál de ellas conseguía apagar su llanto.

El pobre Liní, es decir, el compañero de cautiverio de Luis, la emprendía con todos: ora ladraba, aturdiendo á más no poder á sus opresores, ora ejercía las fuerzas de sus colmillitos, mordiendo á cuanto gitano se le ponía al alcance; no hubo más remedio que cortar unas tiras de cuero de unas botas viejas, echar mano de una fuerte aguja, enhebrarla con un bramante, y con estos materiales confeccionar un bozal: terminado el aparato defensivo, se metió dentro de él, y no sin trabajo, el hocico y la cabecita del pobre animal; éste se defendió con toda la bizarría propia de los individuos de la noble raza á que pertenecía; pero ya comprendereis, caros lectores míos, que los esfuerzos de un pobre perrito de aguas, son completamente inútiles para oponer la menor resistencia á las poderosas y hábiles garras de una horda de jitanos; ¡cuánto más hubiera valido que les amordazaran á todos ellos! Por fin, como una fuerza superior suele siempre salir vencedora, quedó resuelta la cuestion; es decir, que á costa de algun mordisco, y de alguno que otro arañazo, se puso á Liní preso y fuera de combate.

La mayor parte de los jitanos opinaban por desollar al perrito y adornar con su tierno cuerpecito, hecho tajadas, una soberbia cazuela de arroz; pero se opusieron resueltamente á semejante deci-

sion la Chataza y su hija Tula; no vayais á creer, amiguitos míos, que esa oposicion naciera á impulsos de un sentimiento de bondad, ó siquiera de compasion; nada de eso: las jitanas quisieron conservar su presa, en la esperanza de que podría contribuir á hacerles ganar dinero en union del pobre niño.

A cada momento surgía algun disgusto con motivo de los dos seres que las jitanas habian secuestrado: llegó el caso de que el jefe, impaciente, se inclinaba á que fueran abandonados en medio del camino ó entre algun matorral.

—¡Bien se vé que no sois padre, ni capaz de comprender lo que una madre siente! exclamó una de las jitanas, en uno de esos arranques propios de la mujer que ha sido madre.

Semejante exclamacion en lábios de una de las feroces compañeras de los jitanos, parece una cosa extraña, y sin embargo es muy natural: ese dulce y misterioso sentimiento de la maternidad, tiene cabida, aún en los seres más abyectos y más bajos.

¡Ah! ¡queridos lectores míos! ¡Cuánta gratitud, cariño y respeto debemos á las madres! ¡ellas nos aman tanto! Desde la cuna hasta que la muerte las separa de nosotros, no cesan un solo instante de darnos pruebas de un amor sin limites; de desinteresado cariño; de abnegacion á toda prueba: si tenemos penas, si lloramos, ¿quién sino ellas nos consuelan y secan nuestras lágrimas? Cuando aún escasean nuestras fuerzas, ¿quién sino la madre nos sostiene y nos ampara? Cuando aún nuestro infantil espíritu carece de luces, ¿quién nos guia paso á paso y nos muestra el derrotero que debemos seguir? ¡Quién más que ella sufre con nosotros, con nosotros se sonríe y por nosotros se desvela incesantemente, con ese fuego del sacrosanto amor que siempre arde en el corazon de una madre!

¿Podremos pues pagarla por mucho que queramos hacer, los sacrificios que por nosotros se impone? ¡Oh! No; jamás: así, pues, hagamos de ella nuestra mejor amiga; la depositaria de nuestros secretos; la confidenta de nuestros deseos: no le ocultemos jamás nuestras acciones; no demos un paso en esta vida sin consultar antes á la que nos dió el sér; ella, dulce mensajera de Dios, nos dirá si pensamos ú obramos ó no, acertadamente; si seguimos ó no, el camino de salvacion.

Recordareis que los jitanos resolvieron, al salir de la caverna, retroceder á España, con objeto de que les perdieran la pista por aquel lado, y entrar de nuevo en Francia, por otro desfiladero.

(Se continuará.)

Desde este número contamos con la colaboración de los distinguidos señores Excmo. Sr. D. Eduardo Chao, ex-ministro de Fomento, D. Gregorio Mijares, Director de *El Eco de las clases pasivas* y ex-gobernador civil, D. Fernando Martínez Pedrosa, ilustrado periodista, D. Diego Pérez Hernández, joven poeta y escritor murciano y D. Leopoldo Vazquez, periodista y autor dramático.

La distinguida y estudiosa niña Jesusa de Granada nos ha honrado con la remisión de las soluciones de los problemas 1.º y 3.º, y con la del geroglífico publicados en nuestro número anterior.

Recomendamos á las demás niñas y niños suscritores imiten á tan estimable como aplicada señorita.

Hemos tenido ocasión de leer el libro titulado *Florilegio infantil ó Apólogos en prosa y verso*, original de nuestro colaborador y distinguido literato de Manuel Gonzalez Alvarez (Presbítero).

Dicha obrita es una preciosa colección de cuentos, poesías, fábulas etc.; escritos con una galanura de estilo que cautiva, y una viveza y verdad en los pensamientos que no deja duda de que su autor está dotado de cualidades relevantes, que le hacen acreedor á la fama que con justicia goza en la patria literatura.

PROBLEMAS

1.º Un jugador puso á la primera mano ocho duros, y los perdió; á la segunda puso lo que le quedaba, y lo ganó; á la tercera puso ocho duros, y los perdió; á la cuarta puso el resto, y lo ganó; á la quinta puso ocho duros, y los perdió; á la sexta puso el resto, y lo ganó; á la sétima puso ocho duros, y los perdió, quedándose sin dinero. ¿Cuánto tenía?

2.º Un buque lleva á bordo 625 personas, y tiene harina para 120 días; pero recoge varios naufragos sin provisiones, y dando la misma ración diaria de pan que antes, sólo tiene harina para 100 días. ¿Cuántos son los naufragos recogidos?

MARIANO SANCHEZ BRUIL

SOLUCIONES

1.ª Sea x el número de pesetas de cuatro reales.

$$4x + (18 - x)5 = 79$$

$$4x - 5x = 79 - 90$$

$$x = 11;$$

Luego son 11 pesetas de cuatro reales y 7 columnarias.

2.ª Sea x el valor total de la herencia.

$$\frac{x}{2} - 300 + \frac{x}{3} - 240 + \frac{x}{4} - 180 = x$$

$$6x - 3.600 + 4x - 2.880 + 3x - 2.160 = 12x$$

$$13x - 12x = 8.640 ; x = 8.640.$$

$$8.640$$

$$- 300 = 4.320 - 300 = 4.020$$

$$2$$

$$8.640$$

$$- 240 = 2.880 - 240 = 2.640$$

$$3$$

$$8.640$$

$$- 180 = 2.160 - 180 = 1.980.$$

$$4$$

Luego la herencia total importaba 8.640 pesetas; la parte del primer heredero 4.020, la del segundo 2.640, y la del tercero 1.980.

3.ª Sean x las nueces que tiene él, z las que tiene ella.

$$\begin{cases} x - 1 = z + 1 ; x = z + 2 \\ 2(z - 1) = x + 1 \end{cases} \quad \begin{cases} 2z - 2 = z + 3 ; z = 5 \\ x = z + 2 \\ z = 5 \end{cases} \quad \left. \begin{matrix} \\ \\ \end{matrix} \right\} x = 7$$

Luego él tiene 7 y ella 5.

CHARADA

El viajar una, dos, tres
mucho y es cosa fija.
Segunda, tres, cuatro y cinco,
enseña la historia antigua
que la usaban los romanos
para limpiar su inmundicia.
La todo sienta muy bien
en el niño y en la niña;
y está en este mismo instante
delante de vuestra vista.

UN DIA Á PERROS

Hé aquí la explicación de la lámina que con este título y en hoja aparte, regalamos á nuestros suscritores:

1. Sin cuidados.—2. Por allí viene el P. Hoyos.—3. ¿Cuándo concluirán de hablar?—4. Este viene á pedir cuartos.—5. A V. no le importa.—6. Me carga ir á esa casa.—7. ¿Cuándo me llamarán á comer?—8. Buena me espera.—9. Me irrita ese hombre.—10. Si la pudiera coger...—11. No me vuelven á ver el pelo.—12. Estoy por ir.—13. No conozco á V.—14. ¡¡Todos comen!!—15. Todo me carga.—16. ¿Me engañarán?—17. Qué vida tan aburrida.—18. En cuanto no mire me largo.—19. Cuánto cursi.—20. A mí no me tiene V. que pegar.—21. Lo que no hizo la morcilla lo hizo un carro.—22. Ese debe ser mi rival.—23. ¡¡El Duque!! Si no me saluda le muerdo.—24. Si encontrara un amo...—25. ¿Qué quiere V?—26. Todo me es igual.—27. Cómo me mira la Tula.—28. ¡No puedo más!—29. Hace poco iba peor que yo.—30. Qué paciencia se necesita donde hay chicos.—31. Cómo me mortifica la indina.—32. No hagas caso, Leal mio.—33. ¿Qué comerán que no tiran huesos?—34. No puedo ver á los caballos.—35. ¿Qué habrá allí?—36. Aquella es la Sultana...—37. Si da usted un paso más...—38. ¿Qué dirán?—39. Aquí soy yo el amo.—40. Me ha reventado ese bruto.—41. Todo me lo merezco.—42. Aquí te pillo, aquí te mato.—43. ¿Cómo me miran todos!—44. ¿Qué será esto?

R. Velasco, impresor, Rubio, 20.

SECCION DE ANUNCIOS

MILAGRITO

POLKA-MAZURKA

Esta preciosa pieza de música se vende á 4 rs. en la Administración de esta Revista, Fuencarral, 3, principal, y en los almacenes de los señores Romero, preciados, 1, y Toledo, Fuencarral, 11.



El mejor regalo que un padre puede hacer á sus hijos es suscribirles á esta revista quincenal, redactada por distinguidas escritoras y reputados escritores. Cuesta solo

3 rs. al mes

en Madrid; siete pesetas cincuenta céntimos en provincias, cinco pesos fuertes en oro en Ultramar y el extranjero.—Oficinas, Fuencarral, 3, pral.

IMPORTANTE

Á ruego de muchos señores suscritores, todos los regalos de esta Revista se venden al precio de 4 reales en la Administración del periódico, calle de Fuencarral, núm. 3, principal.

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA.—Se han publicado siete tomos: *Manual de física popular*, por D. Gumerindo Vicuña; el primero del *Novísimo Romancero Español*, por los escritores más distinguidos; *Manual de aguas y riegos*, por D. Rafael Laguna; *Manual de Metalurgia* (tomo I), por D. Luis Barinaga; tomo I del *Año Cristiano* (Enero), por D. Antonio Bravo y Tudela; *Manual de Mecánica popular*, por D. Tomás Ariño, y *Manual de industrias químicas inorgánicas* (tomo I), por D. Francisco Balaguer.—Cada semana aparecerá un tomo de 256 páginas, ilustrado con

grabados.—Precio por suscripción, una peseta, y seis reales el tomo suelto, pudiéndose suscribir á todas ó á una sola de las secciones.

Los pedidos, á su editor, D. Gregorio Estrada, Doctor Fourquet, 7, Madrid.

FÁBULAS MORALES, POR DON ALFONSO E. OLLERO.—Este libro, de lectura agradable y útil, forma un tomo de 340 páginas en 4.^o mayor, y se vende á 12 reales en las principales librerías y en casa de su autor, Olivo, 24, pral. Los suscritores de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS, podrán adquirirle por 10 rs. presen-

tando el recibo de su suscripción en la Administración de aquella, Fuencarral, 3, pral.

EL RECREO INSTRUCTIVO.—Colección de obritas dramáticas á propósito para ser representadas por niños, y de las cuales se han agotado ya dos ediciones. *La Caridad*, en dos actos; *El Mesías prometido*, en uno; *Muerte y resurrección de Jesús*, en tres cuadros.

Administración de la *Revista de Beneficencia, Sanidad y Establecimientos penales*.

Pedidos, al autor, D. E. Llofriu, Duque de Alba, 18, 3.^o, izquierda.

FÁBULAS EN ACCION.—Cuadritos dramáticos en verso, por Teodoro Guerrero.—Las FÁBULAS son comedias que encierran una enseñanza moral, escritas para que los niños y los jóvenes puedan representarlas en sus casas ó en los colegios, y sirven además de ejercicio para la lectura del diálogo en verso.

Contiene el tomo las siguientes: *La filosofía del vino*.—*El valor del tiempo* (con lámina).—*Un minuto de olvido*.—*La lógica del duelo* (en dos cuadros).—*La educación de la mujer*.—*El dinero y la hermosura* (en tres cuadros).—*Entre el vicio y la virtud*.

Se vende á 6 rs. en Madrid, en la librería de Sanchíz, plaza de Matute, núm. 2. Pedidos de provincias

al autor, calle de Claudio-Coello, núm. 13, remitiendo 7 rs

Los suscritores de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS pagarán sólo 4 reales en Madrid y 5 en provincias, advirtiéndolo al hacer el pedido ó presentando el recibo en la librería.

LICEO BENAVENT.—ACADEMIA DE FRANCÉS.—Enseñanza esmerada de caligrafía, reforma de letra, teneduría de libros, música, solfeo y piano. Director, Enrique Benavent, profesor de idioma francés.

Lecciones á domicilio.

El libro de texto del Sr. Benavent, y su precio el de 40 rs.

Clases en colegios y casas particulares.

La matrícula está abierta todo el año.

San Bernardo, 52, pral., Madrid.

BIBLIOTECA DE SEÑORAS.—Novelas originales de la señora doña Faustina Saez de Melgar.—Administración: calle de Silva, núm. 29, 2.^o, Madrid.—París: Dené Schmitz.—Havana: A. Chao.

TARJETAS Á 6 RS. 100

TARJETONES

ESQUELITAS, CIRCULARES

MEMBRETES É IMPRESIONES

DE TODAS CLASES

Calle del Rubio, 20

OBRAS DE TEXTO, escritas por María del Pilar Sinúes.—*La Ley de Dios*, Colección de leyendas basadas en los preceptos del Decálogo, sexta edición, ilustrada con láminas: precio, 6 rs.—*A la luz de una lámpara*, colección de cuentos morales, nueva y bonita edición: precio, 4 rs.—Estos dos libros se hallan de venta en todas las librerías, y en casa de la autora, calle de Vergara, núm. 1, tercero izquierda, Madrid, como

también *Combates de la vida*, dos novelas originales, que forman un tomo de 400 páginas en 8.^o, al precio de 10 reales. Según el pedido, se hacen grandes rebajas.

HISTORIA DE ESPAÑA, POR D. ESTEBAN HERNANDEZ Y FERNANDEZ.—Se publica por entregas de 8 páginas en 4.^o, buen papel y con abundante lectura.—Precio, un cuartillo de real cada entrega.—Semanalmente

se repartirá un cuaderno de ocho entregas, ó sean sesenta y cuatro páginas, y una hermosa lámina, costando solo 2 reales.

Con el último cuaderno de la obra se regalará una gran colección de retratos de los personajes que más han figurado en la revolución de 1868.

Los pedidos á los señores Murcia y Martí, calle de las Tabernillas, número 2, Madrid.

UN DIA A PERROS.

(Impresiones del natural.)



La explicacion en el texto.



